

pistola? Si tiene usted quejas de Minoret, ahí tiene usted á Minoret, tome á Minoret y bátase con Minoret. Pero ¿va á pagar las culpas de todo esto mi hijo, que, según usted dice, es inocente? Antes de llegar á eso, tendría usted que habérselas conmigo, señor mío. Vamos, Minoret, ¿qué haces? veo que te has quedado como un babioca, y que estando en tu casa permites que este señor permanezca cubierto delante de tu mujer. Amigo mío, empiece por salir de aquí. Cada uno es dueño en su casa. No entiendo nada del asunto que á usted le trae aquí; pero lárguese en seguida, y, si toca á Desiderio, usted y esa pícara de Úrsula tendrán que habérselas conmigo, añadió Celia apresurándose á llamar á sus criados.

—Piensen ustedes bien en lo que acabo de decirles, repitió Sabiniano, saliendo sin preocuparse de las palabras de Celia y dejando suspendida aquella espada de Damocles sobre la cabeza de los dos esposos.

—Vamos á ver, Minoret, ¿quieres explicarme lo que significa esto? dijo Celia á su marido. Un joven no viene sin motivo á una casa honrada á armar este jaleo y á pedir la sangre de un hijo de familia.

—Será alguna granujada de ese pillo de Goupil, al cual había prometido ayudarle para hacerse notario si me procuraba á buen precio las tierras de Rouvre. Le dí el diez por ciento, veinte mil francos, y, sin duda, no está contento.

—Sí; pero ¿qué razón tenía antes de eso para maquinar serenatas é infamias contra Úrsula?

—Quería casarse con ella.

—¿Con una joven sin un cuarto? Vamos, Mi-

noret, no digas sandeces, y no olvides que eres demasiado estúpido para hacerlas creer. En este asunto veo algo que no me parece claro, y supongo que me lo dirás.

—No, no hay nada.

—¿Que no hay nada? Pues yo te digo que mientes, y nos veremos.

—¿Quieres dejarme en paz?

—Yo cogeré por mi cuenta á ese montón de veneno que se llama Goupil, y le haré cantar.

—Como quieras.

—Sí, ya sé que será como yo quiera; y lo que deseo, sobre todo, es que no toquen á Desiderio. Si le ocurriese alguna desgracia á mi hijo, sería capaz de hacer una que me llevase al patíbulo... ¡Desiderio!... Pero... ¿es eso todo lo que sabes hacer?

Una disputa empezada de este modo entre Minoret y su mujer no podía terminar sin grandes disgustos. El estúpido expoliador vió que su lucha consigo mismo y con Úrsula se agrandaba y se complicaba mediante la intervención de un nuevo y terrible adversario.

Al día siguiente, cuando salió para ir á buscar á Goupil, á fin de apaciguarlo á fuerza de dinero, leyó en todas las paredes el siguiente letrero: *¡Minoret es un ladrón!* Todos los que lo encontraban le compadecían y le preguntaban quién era el autor de aquella publicación anónima, perdonándole sus torpes evasivas en gracia á su nulidad. Los estúpidos sacan más ventaja de su nulidad, que las gentes de talento de su fuerza. Generalmente, nadie ayuda al gran hombre que lucha contra la suerte, y en cambio,

todo el mundo se dispone á proteger al abacero amenazado de quiebra: ¿sabéis por qué? Porque la generalidad se creen superiores protegiendo á un imbécil, mientras que á todo el mundo le molesta no poder igualarse al hombre de genio. Un hombre de talento hubiese estado perdido si hubiera balbuceado, como Minoret, absurdas respuestas con aire azorado. Celia y sus criados borraron la vengadora inscripción; pero ésta quedó grabada en la conciencia de Minoret. Aunque Goupil había dado ya su palabra al alguacil, se negó desvergonzadamente á cumplir lo pactado.

—Mire usted, querido Lecœur, le dijo, estoy en disposición de comprar el estudio del señor Dionis, y yo le buscaré otro comprador. Deshagamos el trato, ya que sólo se pierden dos hojas de papel sellado. Aquí tiene usted los setenta céntimos que importan.

Lecœur temía demasiado á Goupil para quejarse. Todo Nemours supo inmediatamente que Minoret había dado el dinero necesario para procurar á Goupil la notaría de Dionis. El futuro notario escribió á Sabiniano una carta, desmintiendo en ella las confesiones que le había hecho relativas á Minoret, y diciéndole que su nuevo estado y su respeto á la justicia le prohibían batirse. Por otra parte, advertíale que se portase bien con él en lo sucesivo, porque había aprendido admirablemente á reñir á patadas, y se proponía romperle una pierna si alguna vez se atrevía á agredirle.

Las paredes de Nemours no hablaron más; pero las disputas entre Minoret y su mujer iban

en aumento, y Sabiniano guardaba un sombrío silencio. Diez días después de estos acontecimientos, el casamiento de la mayor de las hijas de Massin con el futuro notario empezaba á surrarse. La señorita Massin aportaba al matrimonio ochenta mil francos y su fealdad; y Goupil sus deformidades y su notaría; de manera que esta unión pareció probable y conveniente.

Dos desconocidos cogieron una noche á Goupil en el momento en que salía de casa de Massin y le dieron una paliza, desapareciendo luego. Goupil guardó el más profundo silencio acerca de esta escena nocturna, y desmintió á una vieja que creía haberle reconocido desde la ventana.

Todos estos sucesos fueron estudiados por el juez de paz, el cual reconoció que Goupil ejercía un poder misterioso sobre Minoret, y se prometió adivinar la causa.

Aunque la opinión pública de la villa hubiese reconocido la perfecta inocencia de Úrsula, ésta se restablecía lentamente. Sumida en ese estado de postración corporal que deja en libertad el espíritu, la joven experimentó fenómenos cuyos efectos fueron terribles y de bastante importancia para ocupar á la ciencia, si ésta hubiese recibido semejante confianza. Diez días después de la visita de la señora de Portenduere, Úrsula tuvo un sueño que presentó los caracteres de una visión sobrenatural, tanto por los hechos morales, como por las circunstancias físicas de que estuvo revestida. Su difunto padrino se le apareció y la hizo seña de que le siguiese: Úrsula se vistió y le acompañó, á través de las ti-

nieblas, hasta la casa de la calle de los Burgueses, donde la joven volvió á verlo todo en el mismo estado en que se encontraba el día de la muerte de su padrino. El anciano llevaba la misma ropa que traía el día de su muerte, su cara estaba pálida, y sus movimientos no producían sonido alguno; sin embargo, Úrsula oyó perfectamente su voz, aunque débil y como repetida por un eco lejano. El doctor condujo á su pupila al despacho del pabellón chino y la hizo levantar el mármol de la cómoda como lo había hecho Úrsula el día de su muerte; pero, en lugar de no encontrar nada, vió la carta que su padrino le recomendaba que cogiese, y la abrió y la leyó, así como el testamento hecho á favor de Sabiniano.

—Los caracteres de aquel escrito, dijo Úrsula al cura, brillaban como si hubiesen sido trazados por los rayos del sol y me quemaban los ojos.

Cuando la huérfana miró á su tío para darle las gracias, vió en sus descoloridos labios una benévola sonrisa, y el espectro le señaló entonces á Minoret, escuchando la confidencia desde el corredor, yendo á destornillar la cerradura y tomando el paquete de papeles. Después, con la mano derecha, el doctor tomó á Úrsula y la obligó á seguir á Minoret, con paso de muerto, hasta la posta. Úrsula atravesó la villa, y penetró en la posta, en el antiguo cuarto de Celia, donde el espectro le hizo ver al expoliador abriendo las cartas, leyéndolas y quemándolas.

—Encendió tres cerillas para quemar los papeles, y enterró los restos de éstos entre las ce-

nizas, dijo Úrsula. Después, mi padrino me llevó á nuestra casa y me mostró á Minoret-Levrault entrando en la biblioteca y tomando del tercer volumen de las *Pandectas* tres inscripciones de doce mil francos de renta cada una, así como algunos billetes de Banco. «Él es el autor de los tormentos que te han puesto al pie de la tumba; pero Dios quiere que seas feliz, me dijo entonces mi padrino. Tú no morirás, y te casarás con Sabiniano. Si me amas y amas al vizconde, debes pedir tu fortuna á mi sobrino. ¡Júramelo!»

Resplandeciente como el Salvador durante su transfiguración, el espectro de Minoret causó tal impresión á Úrsula, que ésta prometió á su tío todo lo que le pidió, á fin de hacer cesar la pesadilla; y cuando despertó se encontró de pie en medio del cuarto, enfrente del retrato del doctor, que ella había colocado al lado de su cama á raíz de su enfermedad. Úrsula volvió á meterse en la cama, durmióse, y, al despertar, se acordó perfectamente de aquella singular visión, si bien no se atrevió á hablar de ella á nadie. Su amor propio y su exquisita delicadeza se resistieron á revelar un sueño cuyo fin y causa eran los intereses pecuniarios, atribuyéndolo á la conversación que había tenido con la Bougival antes de dormirse, conversación que versó sobre las liberalidades de su padrino y sobre la certeza que su nodriza tenía de que éste le había dejado algo. Pero este sueño se repitió, acompañado de circunstancias que llegaron á hacerlo terrible. La segunda vez, la mano helada de su padrino posóse en uno de sus hombros, causándole un cruel dolor y una sensación indefinible.

—¡Hay que obedecer á los muertos! le decía el doctor con voz sepulcral, al mismo tiempo que las lágrimas brotaban de sus apagados ojos.

La tercera vez, el muerto la agarró por sus largas trenzas y le enseñó á Minoret hablando con Goupil y prometiéndole dinero si la llevaba á Sens. Úrsula decidióse entonces á confesar estos tres sueños al cura Chaperon, y una noche le dijo:

—Señor cura, ¿cree usted que los muertos puedan aparecer?

—Hija mía, la historia sagrada, la historia profana y la historia moderna, nos ofrecen varios ejemplos de apariciones; pero la Iglesia no ha hecho nunca de esto artículo de fe, y la ciencia, en Francia, se burla de estos testimonios.

—Y ¿qué cree usted respecto á este punto?

—Que el poder de Dios es infinito, hija mía.

—¿Le ha hablado á usted alguna vez mi padrino de estas cosas?

—Sí, me habló con mucha frecuencia, y acerca de estas materias había cambiado por completo de opinión. Más de veinte veces me ha dicho que su conversión data del día en que una mujer la oyó á usted, desde París, rogando por él, y la vió poner un punto rojo en su almanaque delante del día de san Sabiniano.

Al oír estas palabras, Úrsula lanzó un penetrante grito que hizo temblar al sacerdote: la joven recordó el día en que, de vuelta de París, su padrino había leído en su alma y se había apoderado de su almanaque.

—Siendo eso así, mis visiones son posibles, dijo Úrsula. Mi padrino se me apareció rodeado

de una luz amarillenta, como Jesús á sus discípulos, y me habló. Yo quería rogarle á usted que dijese una misa por el descanso de su alma, implorando así el auxilio de Dios para hacer cesar estas apariciones que me matan.

La huérfana contó sucintamente sus tres sueños, insistiendo en la profunda verdad de los hechos y en el sonambulismo de un ser interior que se despertaba en ella con excesiva facilidad ante la presencia del espectro de su tío. Lo que más sorprendió al sacerdote, que conocía la veracidad de Úrsula, fué la descripción exacta que ésta le hizo del cuarto que ocupaba Celia Minoret, cuarto donde Úrsula no había entrado nunca y del cual jamás había oído hablar.

—¿Por qué medios pueden operarse estas extrañas apariciones? ¿qué pensaba de esto mi padrino? preguntó Úrsula.

—Su padrino, hija mía, procedía por hipótesis y admitía la posibilidad de la existencia de un mundo espiritual. Si las ideas son una creación propia del hombre, si subsisten mediante una vida propia, deben tener formas imperceptibles para nuestros sentidos exteriores, pero perceptibles para los interiores cuando están en determinadas condiciones. Así, pues, las ideas de su padrino pueden habersele acudido á usted, y, sin duda, las revistió usted de apariencia durante el sueño. Por otra parte, si Minoret ha cometido esos actos, éstos se habrán convertido en ideas, pues todo acto es el resultado de varias ideas. Ahora bien, si las ideas se mueven en el mundo espiritual, su espíritu ha podido percibir las y aprehenderlas. Estos fenó-

menos no son más extraños que los de la memoria, y los de la memoria son tan sorprendentes é inexplicables como los perfumes de las plantas, que son, sin duda, las ideas de las mismas.

—¡Dios mío! ¡cuánto engrandecéis al mundo! Pero ¿es probable oír hablar á un muerto y verle andar y moverse?

—En Suecia, Swedemborg ha probado hasta la evidencia que se comunicaba con los muertos. Pero subamos á la biblioteca, y allí verá usted, en la vida del famoso duque de Montmorency, hombre decapitado en Tolosa, incapaz de mentir, una aventura semejante á la suya que le ocurrió en Cardan hace cien años.

Úrsula y el cura subieron al primer piso, y el sacerdote buscó un libro impreso en París en 1666, titulado *Historia de Enrique de Montmorency*, y escrito por un eclesiástico contemporáneo que había conocido al príncipe.

—Lea usted, le dijo el cura entregándole el libro abierto por la página 175. Su padrino leyó muchas veces este pasaje. Mire usted, aun se encuentra aquí tabaco suyo.

—¡Pero él no existe ya! dijo Úrsula tomando el libro para leer lo siguiente:

«El sitio de Privas fué notable por la pérdida de algunos jefes. Murieron en él dos mariscales de campo, á saber: el marqués de Uxelles, de una herida que recibió estando en las avanzadas, y el marqués de Portes, de un mosquetazo en la cabeza. El día en que este último murió, le tocaba ascender á mariscal de Francia. En el

momento en que el marqués moría, el duque de Montmorency, que dormía en su tienda, fué despertado por una voz semejante á la del marqués, que le decía adiós. El duque atribuyó la ilusión de este sueño á la fuerza de su imaginación y al amor que sentía por una persona que le era tan próxima. El trabajo de aquella noche, noche que, según su costumbre, había pasado en las trincheras, contribuyó á que se durmiese sin ningún temor. Pero la misma voz llegó á sus oídos una vez más, y aquel fantasma, que sólo había visto en sueños, le obligó á despertarse de nuevo y á oír distintamente las mismas palabras que había pronunciado antes de desaparecer. El duque se acordó entonces de un día en que, oyendo discurrir, en unión de su amigo, al filósofo Pitrat acerca de la separación del alma y del cuerpo, él y el marqués se habían prometido decirse adiós, si el primero que muriese recibía permiso para ello. Recordando esto, y no pudiendo ya menos de temer la verdad de aquel aviso, el duque envió inmediatamente á uno de sus criados al cuartel del marqués, que estaba á alguna distancia del suyo; pero antes de que el criado estuviese de vuelta, el duque recibió una comisión que enviaba el rey para comunicarle la triste nueva y consolarle.

»Dejo adivinar á los doctores la razón de este suceso, que he oído relatar varias veces al duque de Montmorency, y que, por lo verídico y maravilloso, me parece digno de ser relatado.»

—Pero entonces, ¿qué debo hacer? preguntó Úrsula.

—Hija mía, se trata de cosas tan graves y tan importantes para usted, que debe guardar acerca de ellas el más profundo silencio. Ahora que me ha confiado usted el secreto de esa aparición, es muy probable que cese. Además, ya está usted bastante fuerte para ir á la iglesia; y mañana debe usted ir á dar las gracias á Dios y rogarle que conceda descanso á su padrino. Por otra parte, esté usted segura de que ha puesto su secreto en buenas manos.

—¡Si supiera usted en medio de qué terrores me duermo y qué miradas me lanza mi padrino! La última vez se agarraba á mi falda para poder verme más tiempo. Yo me desperté con la cara anegada en llanto.

—Pues ahora esté usted tranquila, porque creo que no volverá á aparecérsese más, dijo el cura.

Sin perder un instante, el cura Chaperon se fué á casa de Minoret y le rogó que le concediese un momento de audiencia en el pabellón chino, exigiéndole como condición indispensable que habían de estar solos.

—¿No nos oirá nadie? preguntó el cura á Minoret una vez instalados en el pabellón.

—Nadie, respondió Minoret.

—Pues bien, señor mío, ya debe usted conocer mi carácter, dijo el sacerdote fijando en Minoret una mirada atenta y cariñosa. Vengo á hablarle de cosas graves y extraordinarias que le interesan y acerca de las cuales puede usted contar que he de guardar un profundo secreto; pero no puedo menos de venir á darle á usted cuenta de ellas. En vida de su tío había aquí una có-

moda, dijo el sacerdote señalando el lugar que el mueble ocupaba, con piedra de mármol (Minoret palideció), y debajo de este mármol el doctor Minoret había dejado una carta para su pupila...

El cura contó á Minoret, sin omitirle el menor detalle, la propia conducta de Minoret. El antiguo dueño de la posta, al oír el detalle de las dos cerillas que se habían apagado, sintió que los cabellos se le ponían de punta.

—¿Quién ha podido forjar semejantes patrañas? dijo al cura una vez que el relato estuvo terminado.

—¡El mismo muerto! respondió el abate.

Esta respuesta causó un ligero estremecimiento á Minoret, que también veía al doctor en sueños.

—Señor cura, muy bueno es Dios cuando se digna hacer milagros por mí, repuso Minoret diciendo la única gracia que dijo en su vida, movido, sin duda, por el peligro que corría.

—Todo lo que Dios hace es natural, respondió el sacerdote.

—La fantasmagoría de usted no me asusta, dijo el coloso recobrando un tanto su sangre fría.

—Señor mío, no vengo á asustarle, todá vez que me guardaría bien de hablar de esto á nadie, dijo el cura. Usted es el único que sabe si eso es verdad, y este asunto ha de ventilarse entre usted y Dios.

—Vamos á ver, señor cura, ¿me cree usted capaz de tan horrible abuso de confianza?

—Yo no creo más que en los crímenes que

me confiesan y en aquellos en que veo al culpable arrepentido, dijo el sacerdote con tono apostólico.

—¡Un crimen!... exclamó Minoret.

—Sí, un crimen de espantosas consecuencias.

—Y ¿por qué?

—Porque escapa á la justicia humana. Los crímenes que no se expían aquí abajo, se purgan en la otra vida, donde Dios se constituye en vengador de la inocencia.

—Pero ¿cree usted que Dios se ocupa de estas miserias?

—Si Él no viese los mundos en todos sus detalles y con una sola mirada, como usted ve un paisaje de un solo vistazo, dejaría de ser Dios.

—Señor cura, ¿me da usted su palabra de honor de que conoce usted estos detalles por conducto de mi tío?

—Su tío de usted se ha aparecido tres veces á Úrsula para repetírselos, y esa joven, cansada de sus sueños, me los ha confiado en secreto, y los encuentra tan faltos de sentido, que jamás hablará de ellos á nadie. Puede usted estar, pues, tranquilo respecto á este punto.

—Señor Chaperon, yo estoy tranquilo de todos modos.

—Y yo lo celebro, dijo el anciano sacerdote. Aunque yo tachase de absurdos estos avisos dados en sueños, siempre juzgaría necesario comunicárselos, á causa de la singularidad de los detalles. Usted es un hombre honrado, y ha ganado demasiado legalmente su hermosa fortuna para desear aumentarla con un robo. Por otra parte, usted es un hombre casi primitivo y se ve-

ría demasiado atormentado por los remordimientos. Lo mismo en el hombre salvaje que en el civilizado, existe el sentimiento de lo justo, que no nos permite gozar en paz del bien mal adquirido. Las sociedades bien constituidas se rigen por el mismo orden que impuso Dios á los mundos, y demuestran en esto su origen divino. El hombre no encuentra ideas, no inventa formas, sino que imita los divinos ejemplares que lo rodean por todas partes. Por eso verá usted que ocurre que ningún criminal que va al patíbulo, y que puede llevarse el secreto de sus crímenes, se deja cortar la cabeza sin hacer confesiones, movido por un misterioso poder. Repito, pues, querido señor Minoret, que celebro en el alma que esté usted tranquilo.

Minoret quedó tan aturdido, que ni siquiera acompañó al cura, y cuando se creyó solo, se apoderó de él una cólera de hombre sanguíneo y empezó á lanzar horribles blasfemias, dirigiendo á Úrsula los más odiosos epítetos.

—Pero ¿qué te ha hecho? le preguntó su mujer, que se había aproximado á él de puntillas después de acompañar al cura.

Por primera y única vez en su vida, Minoret, cegado por la cólera é irritado por las reiteradas preguntas de su mujer, la maltrató de tal modo, que, cuando la vió en el suelo, él mismo la tomó en brazos y fué á acostarla, avergonzado de su obra. Minoret sufrió con este motivo una pequeña enfermedad, teniendo el médico que sangrarlo dos veces. Cuando se levantó, la gente de Nemours observó en el coloso extraños cambios. Minoret se paseaba solo, iba á veces por

las calles como hombre inquieto y parecía distraído y preocupado, él, que no había tenido nunca preocupación alguna. Por fin, una noche en que el juez de paz iba por la calle Mayor á buscar á Úrsula para acompañarla á casa de la señora de Portenduere, donde se había reanudado la partida de *whist*, Minoret se dirigió á él y le habló en estos términos:

—Señor Bongrand, tengo que decirle algo importante á mi prima, y me alegraré que esté usted presente para que la aconseje.

Cuando el juez y Minoret entraron en casa de Úrsula, ésta se disponía á estudiar, y, al ver á Minoret, se levantó con aire imponente y frío.

—Hija mía, el señor Minoret quiere hablarle de cosas importantes, dijo el juez de paz. ¡Ah! entre paréntesis, no se olvide usted de darme los cupones de su renta, pues tengo que ir á París y podré cobrar al mismo tiempo su semestre y el de la Bougival.

—Prima mía, dijo Minoret, nuestro tío la había acostumbrado á mayores comodidades de las que usted disfruta.

—No importa; se puede ser feliz con poco dinero, le contestó la joven.

—Yo creía que el dinero facilitaría su dicha, y, por respeto á la memoria de mi tío, venía á ofrecerle á usted una cantidad, repuso Minoret.

—Sin necesidad de eso, tenía usted una manera natural de respetarla, dijo severamente Úrsula. Podía usted haber dejado su casa tal como estaba y vendérmela, en lugar de ponerla á enorme precio con la sola esperanza de encontrar en ella tesoros...

—En fin, dijo Minoret al verse violentamente contrariado, si tuviera usted doce mil francos de renta, estaría en disposición de poder casarse convenientemente.

—Sí, pero no los tengo.

—¿Y si yo se los diese con la condición de comprar una tierra en Bretaña, en el país de la señora de Portenduere, la cual consentiría entonces que se casase usted con su hijo?

—Señor Minoret, yo no tengo derecho á una suma tan considerable, y jamás la aceptaré de usted, dijo Úrsula. Nuestro parentesco es muy pequeño y nuestra amistad es menor aún, y he sufrido ya muchos disgustos á causa de la calumnia para que no tema dar lugar á la maledicencia. ¿Qué he hecho para merecer ese dinero? ¿En qué se fundaría usted para hacerme tal regalo? Estas preguntas, que yo tengo derecho á dirigirle, se las haría el mundo, y contestaría á ellas á su gusto; se vería en ese acto la reparación de algún daño ó la compasión, y yo no quiero que nadie me compadezca. Su tío ha sabido despertar en mí sentimientos más nobles. Por otra parte, entiendo que sólo deben aceptarse favores de los amigos; yo no podría quererle á usted, habría de serle necesariamente ingrata, y no quiero exponerme á incurrir en esta grave falta.

—¿Lo rechaza usted? exclamó el coloso, que no podía concebir que hubiese quien rechazase una fortuna.

—Lo rechazo, repitió Úrsula.

—Pero ¿con qué objeto ofrece usted semejante fortuna á la señorita? preguntó el antiguo pro-

curador mirando á Minoret. ¿Qué idea le mueve á usted á hacer eso?

—La idea de que se vaya de Nemours, á fin de que mi hijo, que está enamorado y desea casarse con ella, me deje en paz.

—Está bien, ya lo pensaremos, respondió el juez de paz sujetándose los anteojos; denos usted tiempo para reflexionar.

Esto diciendo, el señor Bongrand acompañó á Minoret hasta su casa, aprobando los cuidados que le inspiraba el porvenir de Desiderio y criticando la precipitación de Úrsula, al mismo tiempo que le prometía aconsejarla para que aceptase. Tan pronto como Minoret se metió en su casa, Bongrand se fué á la posta, pidió un coche y un caballo, corrió á Fontainebleau, preguntó por el sustituto, y supo que estaba de reunión en casa del subprefecto, donde no tardó en presentarse el juez de paz. Desiderio jugaba al *whist* con la mujer del procurador del rey, con la del suprefecto y con el coronel del regimiento que estaba allí de guarnición.

—Vengo á comunicarle una gran noticia, dijo el señor Bongrand á Desiderio. Según mis noticias, usted ama á su prima Úrsula Mirouet, y su padre no se opone ya á ese matrimonio.

—¿Que yo amo á Úrsula Mirouet? exclamó Desiderio riéndose. ¿De dónde saca usted eso? Recuerdo haber visto alguna vez en casa de mi tío Minoret á esa joven, que es, ciertamente, muy hermosa, pero que, por otra parte, es demasiado devota; y, aunque yo haya hecho justicia, como todo el mundo, á sus encantos, no he estado nunca enamorado de esa rubia un tanto insipi-

da, dijo Desiderio sonriendo á la subprefecta, que era una morena un tanto picante. Pero ¿de dónde sale usted con eso, señor Bongrand? Todo el mundo sabe que mi padre es señor feudal de cuarenta y ocho mil francos de renta, en tierras agrupadas alrededor del palacio de Rouvre, y todo el mundo sabe también que tengo cuarenta y ocho mil razones perpetuas para no amar á la pupila del procurador. Si me casase con una joven insignificante, estas damas me tendrían por tonto.

—¿De modo que no ha atormentado usted nunca á su padre con motivo de Úrsula?

—Nunca.

—¿Lo oye usted, señor procurador del rey? dijo el juez de paz á este magistrado, que les había escuchado, y al cual se llevó al alféizar de una ventana, donde charló con él por espacio de media hora.

Una hora después, el juez de paz, que estaba de vuelta en Nemours en casa de Úrsula, ordenaba á la Bougival que fuese á buscar á Minoret, el cual no tardó en presentarse.

—La señorita... dijo Bongrand al ver entrar á Minoret.

—¿Acepta? dijo Minoret interrumpiéndole.

—No, todavía no, respondió el juez de paz sujetándose los anteojos. Le inspira ciertos escrúpulos el estado de su hijo, porque ella ha sufrido mucho con motivo de una pasión semejante y conoce lo mucho que vale la tranquilidad. ¿Puede usted jurarle que su hijo está loco de amor y que para hacerle la donación de ese dinero lo hace usted con la intención única de preservar á